

De la naturaleza a la subnaturaleza.

Suele decirse que con la superación de la época filosófica a mitades del siglo XIX, se anuncia la era de las ciencias naturales. Y se dice también que esa época científica dura hasta nuestros días, a pesar de que algunos recalquen que hemos vuelto a encontrar el camino hacia ciertas tendencias filosóficas.

Mas todo ello se corresponde con métodos de conocimiento que ha inaugurado la época moderna, pero no con los senderos de la vida. Con sus representaciones, el hombre vive aún en la naturaleza, aplicando asimismo el pensar mecanicista en su captación de lo natural. Pero con su vida volitiva, vive en una mecánica del quehacer tecnológico, con tanta extensión que, desde hace tiempo, ese hecho ha impregnado toda la época científica con toda una nueva matización.

Si queremos entender la vida humana, hay que empezar observándola desde dos ángulos. Desde la vida terrenal anterior, el hombre trae consigo la capacidad de imaginarse, por un lado, lo cósmico que actúa desde el entorno circundante a la Tierra y, por otro, lo que actúa dentro de la región terrestre. A través de los sentidos percibe el elemento cósmico que obra sobre la Tierra y con su organismo mental piensa en lo cósmico que actúa sobre lo terrestre desde el universo circundante.

De ese modo, gracias a su cuerpo físico, el hombre vive en la percepción, y gracias a su cuerpo etéreo vive en el pensar.

Lo que sucede en su cuerpo astral y en el yo, impera en las regiones ocultas del alma. Rige, por ejemplo, en el destino. Pero en un principio no hemos de buscarlo en los complejos nexos del destino, sino en los sencillos procesos elementales de la vida.

El hombre se vincula con ciertas fuerzas terrestres al orientar su organismo en dirección a esas fuerzas. Aprende a erguirse y caminar, aprende a mantenerse con sus manos y brazos en el equilibrio de las fuerzas terrenales.

Ahora bien, esas fuerzas no son las que actúan desde el cosmos, son fuerzas de índole meramente terrestre.

En realidad, nada de lo que el hombre experimenta es una abstracción. Pero él no se da cuenta de dónde viene esa experiencia, y de esa manera genera abstracciones a partir de ideas que se hace sobre cosas que son reales. El hombre habla de las leyes de la mecánica y cree haberlas abstraído de los nexos naturales. Pero no es eso lo que realmente ha sucedido, pues todo lo que el hombre vivencia en su alma como leyes puramente mecánicas, ha sido experimentado interiormente en su forma de orientarse con respecto al mundo terrestre (en su erguirse, andar, etc.).

Mas con ello, lo mecánico se describe como lo puramente terrestre. Porque las leyes naturales que captamos en el color, sonido, etc., han confluído desde el cosmos sobre la Tierra. Y es sólo en la región de la Tierra que esas leyes naturales se ven imbuidas por lo mecánico; igual que pasa con el hombre, que en su experiencia, se encuentra con ello sólo cuando se halla en la región terrestre.

La mayor parte de lo que hoy en día actúa sobre la cultura a través de la técnica, con la que la vida humana se halla tan estrechamente entretrejida, no es naturaleza, sino subnaturaleza. Es un mundo que se emancipa de la naturaleza en dirección hacia abajo. Observemos cómo el oriental, cuando se esfuerza en pos del espíritu, intenta salirse de los estados de equilibrio que proceden exclusivamente de la Tierra. Adopta una postura meditativa que lo introduce en el equilibrio puramente cósmico. En ese momento la Tierra ya no actúa sobre la orientación de su organismo. (No estoy diciendo esto con ánimo de menosprecio, sino sólo como ilustración de lo antedicho. Quien conozca mis escritos, conocerá en qué se distinguen, al respecto, la vida espiritual occidental de la oriental).

El hombre necesitaba esa relación con lo meramente terrestre para poder desarrollar su alma consciente. Y eso hizo que, en la época moderna, por todas partes surgiera la tendencia a realizar, incluso en la acción, aquello en lo que el hombre ha de

integrarse. Al insertarse en lo puramente terrestre, el hombre se encuentra con lo ahrimánico. Y con su propio ser interior ha de establecer la correcta relación con ese elemento ahrimánico.

No obstante, en el curso de la época tecnológica que ha transcurrido hasta ahora, se le escapa todavía la posibilidad de encontrar la correcta relación frente a la cultura ahrimánica. El hombre ha de encontrar la fuerza, la energía cognoscitiva interior para no ser avasallado por Ahriman en la cultura tecnológica. Hay que comprender la subnaturaleza como tal. Y sólo se la comprende cuando el hombre, mediante el conocimiento espiritual, asciende en la escala de la supranaturaleza extraterrestre el mismo trecho, hacia arriba, que el que ha recorrido, hacia abajo, al descender en la subnaturaleza mediante la técnica. La época necesita un conocimiento que esté por encima de la naturaleza, porque internamente ha de componérselas con un contenido vital que se ha hundido por debajo de la naturaleza y cuya influencia es peligrosa. Naturalmente que, al decir esto, no vamos a proponer un retorno a estados culturales pretéritos, sino el hecho de que el hombre encuentre el camino para que las nuevas condiciones culturales se relacionen adecuadamente con él mismo y con el cosmos.

Hoy son aún muy pocos los que sienten cuáles son las importantes tareas espirituales que se están configurando. La electricidad, que tras su descubrimiento se ensalzó como el alma de la existencia terrestre, ha de ser reconocida en su verdadero poder de hacer descender las cosas de la naturaleza a la subnaturaleza. El hombre simplemente no debe acompañarla en ese descenso.

En la época en la que aún no existía una técnica independiente de la naturaleza propiamente dicha, el hombre encontraba el espíritu en su visión de la naturaleza. La técnica que se independizó de la naturaleza hizo que el hombre, en su creciente mundo científico, quedara fijado en lo material-mecanicista. Y en ello está ausente todo lo divino-espiritual relacionado con el origen evolutivo de la humanidad. Lo puramente ahrimánico domina esa esfera.

En la ciencia espiritual se crea la otra esfera en la que ya no está presente el elemento ahrimánico. El acoger cognoscitivamente la espiritualidad, a la que no tienen acceso los poderes ahrimánicos, hará que el hombre adquiera la fuerza necesaria para enfrentarse a Ahriman en el mundo.

Goetheanum, Marzo de 1925

Directrices relacionadas con la exposición anterior:

183.- En la época de la ciencia natural que comienza a mitades del siglo XIX, la actividad cultural humana se desliza poco a poco, no ya sólo a las regiones más inferiores de la naturaleza, sino por debajo de la naturaleza misma.

184.- Ello exige que el hombre encuentre, por experiencia, un conocimiento espiritual en el que se eleva a sí mismo en la supranaturaleza, a una altura equivalente a la profundidad a la que descendió, por debajo de la naturaleza, con su actividad tecnológica infranatural. Al adquirir ese conocimiento espiritual genera en su interior el poder que le permitirá no hundirse (en lo subnatural).

185.- La anterior visión de la naturaleza todavía abrigaba en su interior al espíritu con el que la evolución humana se halla unido desde su origen. Paulatinamente, ese espíritu fue desapareciendo de la visión de lo natural y se introdujo en él lo puramente ahrimánico, que desde ahí se ha ido infiltrando en la cultura tecnológica.